

que la puerta cedía y de que una persona aseguraba de nuevo la cerradura por dentro...

Entonces me eché á temblar como una azogada pensando que quizás mis enemigos querían vengarse de mí y quitarme la vida ocultamente, tan ocultamente que nada llegara á saberse para que todo pudiera atribuirse á un suicidio...

Me eché vestida en la cama y me arrebujé con las ropas no queriendo ver ni oír al verdugo destinado á matarme. Pero no pasó mucho rato sin que oyera una voz dulce y grata, amiga y conocida, que me decía con inflexión de piedad:

— Levántese, señora Ubiarco... Levántese, que deseo hablarle... Soy yo, el Emperador.

En efecto, era el Emperador, que llegaba solo, vestido con el traje gris que acostumbraba y con el mismo aspecto de bondad, de conmiseración y de tristeza que le había visto siempre en México. Sentóse en un sillón de la estancia y me invitó á sentarme en el otro.

— Ha escrito usted, comenzó diciéndome (y entonces observé que había abolido el tratamiento de vos que le había sido familiar), ha escrito usted repetidas veces á S. M. la Emperatriz pidiéndole la reciba pública ó secretamente para referirle algunas cosas que le interesa hacerle saber... S. M. no puede recibir á usted... No está aquí...



— Sire, respondí, puede creerme Vuestra Majestad...

— Pensaba que pudiera estar mala, y vivía llena de cuidado por ello.

— S. M. acaba de marchar á Yucatán, á donde la habían invitado repetidas ocasiones los buenos hijos de aquella península, que creen en el imperio y que nos aman sobre toda ponderación. ¡Dios les pague los buenos ratos que su lealtad nos proporciona!... Decía usted en la carta que le dirigió á S. M. que estaba dispuesta á decirle muchas cosas acerca del asunto de su prisión y á hacerle confesión general de sus culpas... ¿Quiere usted hacerme esas revelaciones? ¿Quiere confesarse conmigo tan ampliamente como lo haría con la Emperatriz?

— Sire, respondí, puede creerme Vuestra Majestad que sólo eso ambiciono y que de mi situación no me ha afligido ni lo riguroso, ni lo tirante, ni lo ocasionada á recibir el inmerecido castigo, como el temor de perder la estimación de Vuestra Majestad y de la Emperatriz. Dispuesta estoy á confesarme, y si Vuestra Majestad es tan bondadoso que me escuche, puede estar seguro de que no le diré nada que no sea la verdad.

— Cuente usted, cuente usted, dijo Maximiliano, quizás minado por secreta y femenina curiosidad.

Le relaté entonces toda mi vida, mi vida llena de tentativas estériles, de deseos locos, de impulsos altos, de grandes caídas y de más grandes errores. Duré como tres horas haciéndole aquello que él llamaba mi confesión ge-

neral, interrumpida apenas por alguna que otra observación de parte del príncipe. Cuando concluí, me habló Maximiliano con su bondad de siempre:

— Señora, me dijo, ha pecado usted mucho, pero se le perdonará porque ha amado mucho y ha sufrido más... Pero este último paso de usted quizás sea lo imperdonable, lo irremediable, lo que no tenga arreglo posible... Se enamoró usted de un hombre ruin y perverso, que no se limitó á hacerle traición, sino que también pretendió inostrarla en los turbios y detestables asuntos en que estaba metido... Lapierre quizás tuvo la idea, seguramente que la tuvo, de obtener la impunidad ó el perdón mezclando en sus hazañas, en sus crímenes, el nombre de una dama de S. M... Y por Dios que se engañó, pues contra cualquiera que hubiera resultado culpable habría caído la cuchilla de la ley... Pero ¿qué mucho que hubiera engañado á usted, mujer débil y enamorada, si me engañó á mí, el Emperador, haciéndome creer en su caballerosidad y en su hidalguía? ¿Sabe usted quién era Lapierre? Lapierre era el jefe de mi contrapolicía y el jefe de la policía reservada del Mariscal; acompañado de un tal Zanetti, sacerdote italiano ó cosa así, espiaba cuanto acontecía en las residencias imperiales y lo comunicaba en seguida á Bazaine...

— Sire, servíos ser más explícito.

— Una carta que yo enviaba á Napoleón III quejándo-

me de los procedimientos del Mariscal, fué interceptada, copiada y descifrada... Los malvados no vacilaron en embriagar al general Woll, mi ayudante de campo, para obtener esa pieza que acaso hubiera modificado la situación del imperio si no hubiese sido refutada á tiempo por el Mariscal, que se valió de artimañas y mentiras, que á pesar de serlo le dieron el resultado que apetecía.

— Sire...

— Hable usted.

— Esa carta... yo contribuí á que se interceptara...

— ¡Usted!...

— Sí, yo fuí quien dió á Lapierre noticia exacta de ella, lo mismo que de la cifra que correspondía al Mariscal en la clave de Vuestra Majestad...

— Y esa cifra fué la que sirvió á Bazaine para toda la carta...

— También me comunicaba cuanto hacía Vuestra Majestad y me exigía le dijera qué hacía la Emperatriz y que le avisara cuanto se decía en Palacio.

— Todos esos informes los transmitía en seguida al Mariscal en partes diarios, mientras me comunicaba á mí falsedades ó insignificancias.

— Sire, ¡qué mal tan espantoso he hecho sin quererlo! exclamé llorando. No por encubridora ni por ladrona; por imbécil me deben castigar.

— Aún hay más...

— ¿Todavía, Sire?

— Lapierre, que parece pertenecía á una gran cuadrilla de bandidos, robó en diferentes épocas á los señores Escandonés é Icazas, á don Isidoro de la Torre, á la señora Salas, á don Juan Manuel Suárez-Peredo y á otras gentes alhajas que se han encontrado en poder de usted en mínima parte, y que consiguió sacar del país en su inmensa mayoría...

— Sire...

— Además, coludido con un tal Galloni d'Istria, corso que vino á mandar la policía mexicana, expedía licencias para casas de juego, siendo él mismo el empresario, explotaba toda clase de inmoralidades y tenía protegido el robo en grande escala.

— ¡Sire, por Dios!...

— Al recibir el dinero de Jecker, se fugó del país con su mujer, una tal Nieves, hija de un viejo del Bajío llamado don Alonso, que según parece vivía en una casa de la calle de Vergara, que se le había señalado por alojamiento...

— ¡Oh, Dios mío! exclamé como enajenada.

— ... Pero no le salió bien ese cálculo; don Alonso había testado al morir dejando su dinero á la viuda, que se casó... con el asistente de Lapierre... De manera que á la fecha es capitalista el antiguo cabo de escuadra, y el vizconde no posee sino lo que se ha robado. Se presume que

en el equipaje de la mujer haya salido la mayor parte de lo que afanó el bribón de Lapierre.

— ¡Pero ese hombre era un monstruo... y esa mujer otro monstruo que con su cara bonita me engañó del modo más cruel!...

— Eso fué lo principal; pero al saberse que había tenido amistad íntima con usted no faltó quién sugiriera



registrar los muebles que usted había dejado en su cuarto; se abrieron por mano del cerrajero y...

No sé lo que pasó por mí tras la serie de escopetazos que me disparó la suave y bondadosa mano del Emperador; pero atropellando las conveniencias, faltándole al respeto, sin temor de nada, le dije:

— Sire, no quiero posición en la corte, ni dinero, ni honra... Quiero vengarme de ese bribón, quiero amargar-

le la vida, quiero, en fin, hacerle padecer lo que él me ha hecho padecer á mí!... ¡Os lo ruego de rodillas, Sire; concededme la libertad para consagrarla á esa obra de reparación, de justicia, de bien y de verdad!...

Maximiliano me miró triste y fijamente, y acercándose á la mesa escribió una carta que decía:

«Muy distinguida señora Jecker: Como Nos habéis pedido que os hagamos saber NUESTRA impresión acerca de vuestra persona y de los sucesos que con ella se relacionan, Nos apresuramos á deciros que la expedición que emprendisteis á Michoacán por orden NUESTRA resultó muy fructuosa y favorable para NUESTROS intereses y los de NUESTRA patria, y que durante todo el tiempo que habéis permanecido al servicio de la Emperatriz habéis dado muestras de exquisita y sincera adhesión á Su persona y á todo cuanto se relaciona con el Imperio, siendo por tales motivos muy grande y merecida la estimación que os consagramos,

Vuestro afectísimo,

MAXIMILIANO.»



## CAPITULO II

Esto se va

No se limitó la bondad del Emperador á dejarme la carta, sino que al día siguiente me envió convite para comer en la mesa del palacio, me hizo sentar entre el arzobispo y el ministro inglés y me dirigió la palabra con tal cariño y tanta bondad que mis émulos y envidiosos deben de haber quedado sin ganas de hacer más catálogos tocante á mi persona. Allí repitió muchas ocasiones que en viniendo la Emperatriz no sólo tomaría posesión de mi cargo de dama de honor, sino que sería agraciada con la nueva orden de San Carlos, recién establecida bajo el patrocinio y dirección de la soberana.

La tarde de ese día recibí la visita de mi amigo el padre fray Tomás Gómez, que iba á pedirme licencia para partirse.

— ¡Dios mío! exclamó al verme; pero ¿quién había de